

De los que vamos de llenos

Los llenos siempre tenemos una respuesta para todo, hablamos de nuestros problemas una vez los hemos resuelto, somos alérgicos a la crítica, necesitamos rodearnos de los vacíos para sentirnos más llenos y estamos sumamente contentos de habernos conocido.

Los llenos andamos loquitos por el espejito, los espejitos que nos dicen lo buenos, bonitos y caros que somos. Unos espejitos que nos confirman que sí, que hemos llegado, que lo conseguimos, que ya está, que pertenecemos a esa casta de semidioses que pululan por la tierra para suerte y gracia de los que van de vacíos y, en general, para el resto de los mortales.

Lleno es igual a superior, a dador, a extraordinario; a aquel que ha sido tocado por la completitud, mensajero de la plenitud, el que resolvió el misterio de la existencia... con nota... Esperamos ser recibidos con fanfarrias, con miradas de admiración que nos devuelvan nuestra divina condición de llenos. Y por allí andamos perdidos, ansiosos buscando nuestra droga en la mirada que nos devuelve el mundo. Y claro, donde está lleno no entra nada más, por tanto nos cuesta aprender, soltar nuestra estupidez, reconocerla y poderla manejar. La tragedia de los llenos es creer que hemos llegado cuando aún estamos sólo a medio camino.

A los llenos se nos ve a leguas por los aspavientos que hacemos para ser vistos, porque cuando acabas de contactar con nosotros notarás ese regusto entre admiración y envidia, porque te olvidarás rápidamente de nosotros, porque en un momento chocarás con la estatua que llevamos dentro y te harás daño, . Y sí, estamos hechos de cartón y de piedra. Cartón que sólo se ablanda con lágrimas y de piedra que sólo responde bien a la paciencia.

De esa manera particular de vivir, que es ponerse zombie con uno mismo, la soledad íntima es el peor castigo para nosotros. La soledad íntima, porque llenamos plazas para nuestras actuaciones, pero en el camerino, en el que nos desmaquillamos, no entra nadie. Y sólo allí estamos nosotros y sólo allí se puede abrir la brecha con la soledad.

Nuestro gran trabajo es sentirnos normales, entender que dar vale lo mismo que recibir, y poder sentir algo del vacío, la tristeza, la duda, la falta, el descontrol, la locura que tanto abunda y que tan bien sienta abrazar cuando se nos sienta en la mesa.

Poco sabemos de lo bien que sienta el milagro de la carne, del sudor y lágrimas, del abrirse paso por el bosque de la vida con la espontaneidad de un niño. Del gusto que da no saber, arrodillarse, pedir desde el corazón sin saber si me será dado, preguntar jugándose la vida o guiarse por los sentires del cuerpo.

Si ves a uno por la calle, apártate: somos bombas de relojería apunto de estallar. Tanta mentira no la aguanta nadie. Y la vida tiene la mala costumbre de ponernos en nuestro sitio. Y cuando nos veas caer se te romperá el corazón. Por un lado te dará gusto ver como se desmorona tamaño despropósito y, por el otro, te estremecerá el llanto del que nunca fue nada. Y con suerte, de entre las llamas, aparecerá una personita de tamaño normal que con lágrimas en los ojos te dará las gracias. Y ahora sí, como todos, verás que lleva un dragón en el hombro. La señal que da la vida a los que caminan con ella.

Barcelona, Abril 2013